

que castigo los pecados con ásperas y durísimas penitencias, tratan de sobornarme trayéndome este exquisito chocolate, que de rechazo toca á mi amigo don Andrés Avellino. Pero no les ha de valer, porque las he de mandar al cazo mocho, donde en vez de conservas y dulcecillos no me podrán ofrecer sino tazas de plomo derretido y enreditos de serpientes y escorpiones.

— ¡Ah, qué padre tan gracioso! dijeron todas en coro.

— Ya verán, ya verán que de esas cosas hay ejemplitos que dejan á uno pasmado; algo les contaré de eso algún día.

— Ahora, padrecito, dijo mi nana que se pirraba por las historias piadosas.

— Ahora, dijeron las criadas que llenaban la pieza sentadas en cuclillas á manera de figuras de códice.

— Ahora, dijeron á una voz las muchachas.

— Bueno, bueno, hagan silencio, que es cosa de oirse. En una ciudad de Flandes vivían dos estudiantes... pero no; ya caigo en que este polar (1), este jacobino de don Andrés, se va á burlar de nosotros. ¿No es verdad, don Andrés, que usted cree embelecados estas historietillas?

Sonrió su merced con aspecto de quien no quiere decir sí ni no; pero el padrecito, que era discreto, comprendió de dónde venía el viento, y puso punto en boca.

---

(1) Se llamaba polares en el Estado de Jalisco, á los liberales que aparecieron después del 24, á causa de que redactaban un periódico llamado *La Estrella Polar*, en que, según parece, se defendían las opiniones radicales. No sé que existan á la fecha ejemplares de ese periódico.